

Domingo XXX del Tiempo Ordinario (ciclo C)

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Audiencia general (1.VI.16) – Homilía (27.X.13) – Mensaje Domund 2016
- **BENEDICTO XVI** – Jesús de Nazaret I
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joan Pere PULIDO i Gutiérrez** (Sant Feliu de Llobregat, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS GRITOS DEL POBRE

Si 35, 15-17. 20-22; 2 Tm 4, 6-8. 16-18; Lc 18, 9-14

El sabio que compuso el libro del Eclesiástico estaba convencido de que Dios no era un funcionario público “buscachambas”, como esos que ningunean y maltratan a ciudadanos y derechohabientes. Nada de eso. Dios es un padre y una madre tierna, que atiende con solicitud los gritos y reclamos de los pobres. Dios no manda al archivo muerto los reclamos de los débiles, sino que los atiende y “no reposa hasta quebrantar los lomos del tirano”. Con estos argumentos el autor quiere convencernos de una certeza: quien viva conforme a la justicia y tenga una causa difícil de resolver, sepa que Dios está de su lado. En la parábola del fariseo y el publicano se ratifica ese mensaje. Dios se resiste a los orgullosos y soberbios y se compadece con solicitud de las personas honestas y sinceras que reconocen su fragilidad y solicitan su auxilio.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 104, 3-4

Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Busquen al Señor y serán fuertes; busquen su rostro sin descanso.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, aumenta en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, y para que merezcamos alcanzar lo que nos prometes, concédenos amar lo que nos mandas. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La oración del humilde llega hasta el cielo.

Del libro del Sirácide (Eclesiástico): 35, 15-17. 20-22

El Señor es un juez que no se deja impresionar por apariencias. No menosprecia a nadie por ser pobre y escucha las súplicas del oprimido. No desoye los gritos angustiosos del huérfano ni las quejas insistentes de la viuda.

Quien sirve a Dios con todo su corazón es oído y su plegaria llega hasta el cielo. La oración del humilde atraviesa las nubes, y mientras él no obtiene lo que pide, permanece sin descanso y no desiste, hasta que el Altísimo lo atiende y el justo juez le hace justicia. **Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 33, 2-3.17-18.19.23

R/. El Señor no está lejos de sus fieles.

Bendeciré al Señor a todas horas, no cesará mi boca de alabarlo. Yo me siento orgulloso del Señor, que se alegre su pueblo al escucharlo. **R/.**

En contra del malvado está el Señor, para borrar de la tierra su recuerdo. Escucha, en cambio, al hombre justo y lo libra de todas sus congojas. **R/.**

El Señor no está lejos de sus fieles y levanta a las almas abatidas. Salva el Señor la vida de sus siervos. No morirán quienes en él esperan. **R/.**

O bien, si se celebra el Domingo Mundial de las Misiones:

PRIMERA LECTURA (Lecc. II, p. 844)

Vendrán numerosos pueblos a buscar al Señor en Jerusalén.

Del libro del profeta Zacarías: 8, 20-23

Esto dice el Señor de los ejércitos: “Vendrán pueblos y habitantes de muchas ciudades. Y los habitantes de una ciudad irán a ver a los de la otra y les dirán: ‘Vayamos a orar ante el Señor y a implorar la ayuda del Señor de los ejércitos’. ‘Yo también voy’. Y vendrán numerosos pueblos y naciones poderosas a orar ante el Señor Dios en Jerusalén y a implorar su protección”.

Esto dice el Señor de los ejércitos: “En aquellos días, diez hombres de cada lengua extranjera tomarán por el borde del manto a un judío y le dirán: ‘Queremos ir contigo, pues hemos oído decir que Dios esta con ustedes’ “. **Palabra de Dios.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66 (Lecc. II, p. 632)

R/. Que te alaben, Señor, todos los pueblos.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R/.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R/.**

La tierra ha producido ya sus frutos, Dios nos ha bendecido. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Ahora sólo espero la corona merecida.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo: 4, 6-8. 16-18

Querido hermano: Para mí ha llegado la hora del sacrificio y se acerca el momento de mi partida. He luchado bien en el combate, he corrido hasta la meta, he perseverado en la fe. Ahora sólo espero la corona merecida, con la que el Señor, justo juez, me premiará en aquel día, y no solamente a mí, sino a todos aquellos que esperan con amor su glorioso advenimiento.

La primera vez que me defendí ante el tribunal, nadie me ayudó. Todos me abandonaron. Que no se les tome en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara claramente el mensaje de salvación y lo oyeran todos los paganos. Y fui librado de las fauces del león. El Señor me seguirá librando de todos los peligros y me llevará salvo a su Reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén. **Palabra de Dios.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 2 Co 5, 19

R/. Aleluya, aleluya.

Dios ha reconciliado consigo al mundo, por medio de Cristo, y nos ha encomendado a nosotros el mensaje de la reconciliación. R/.

EVANGELIO

El publicano regresó a su casa justificado y el fariseo no.

Del santo Evangelio según san Lucas: 18, 9-14

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás:

“Dos hombres subieron al templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos y adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias’.

El publicano, en cambio, se quedó lejos y no se atrevía a levantar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: ‘Dios mío, apiádate de mí, que soy un pecador’.

Pues bien, yo les aseguro que éste bajó a su casa justificado y aquél no; porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”. **Palabra del Señor.**

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos hermanos, a Dios Padre, por medio de Jesucristo, su Hijo, que se entregó por la salvación de todos, pidámosle: Te rogamos, Señor.

Para que el Espíritu Santo fortalezca a los obispos y a los presbíteros de los países de misiones y los asista de manera que conduzcan sus jóvenes Iglesias hacia una verdadera madurez cristiana, *roguemos al Señor.*

Para que el Señor infunda su Espíritu Santo en los misioneros y haga que su apostolado y su testimonio sean verdaderamente evangélicos y no de sabiduría únicamente humana, *roguemos al Señor.*

Para que los cristianos que viven en países de misiones den un testimonio verdadero de amor a Jesucristo, se sientan ricos por el conocimiento del Evangelio y no se avergüencen nunca de su pobreza humana, *roguemos al Señor.*

Para que nosotros y los miembros de nuestras comunidades consideremos como parte integrante de nuestra fe la solicitud apostólica de transmitir la luz y la alegría del Evangelio al mundo no cristiano, *roguemos al Señor.*

Señor Jesucristo, que sabes lo que hay en el interior de cada hombre y amas a todos, porque por todos te has entregado, escucha nuestra oración y haz que sean muchos los que tengan un amor tan grande que estén dispuestos, como tú, a entregar la propia vida por los hermanos y para anunciarles el Evangelio el Evangelio de salvación. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, los dones que presentamos a tu majestad, para que lo que hacemos en tu servicio esté siempre ordenado a tu mayor gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Ef 5, 2

Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, como ofrenda agradable a Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que tus sacramentos, Señor, produzcan en nosotros todo lo que significan, para que lo que ahora celebramos en figura lo alcancemos en su plena realidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

MR p. 1074 (1120)

Por la Evangelización de los Pueblos

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 104, 3-4.5

Del nombre del Señor enorgullézcense y alégrense el corazón de los que lo buscan. Busquen al Señor y serán fuertes. Recuerden las maravillas que ha hecho.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que con el poder del Espíritu Santo enviaste a aquel que es tu Palabra para evangelizar a los pobres, haz que nosotros, teniendo los ojos fijos en él, vivamos siempre con verdadera caridad, como mensajeros y testigos de su Evangelio en todo el mundo. Por nuestro Señor Jesucristo...

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te rogamos, Señor, que santifiques estos dones y acojas, en tu bondad, nuestra humilde ofrenda para que nuestros cuerpos se conviertan en oblación viva, santa y agradable a ti y nos concedas servirte, no según la antigua condición del hombre, sino en novedad de vida, según tu Espíritu. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Lc 4, 18-19

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar a los pobres la buena nueva, para proclamar el año de gracia del Señor y el día de la redención.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados espiritualmente con el alimento precioso del Cuerpo y de la Sangre de tu Hijo, te rogamos, Señor, que transformes nuestro corazón y nos concedas un espíritu nuevo, para que, con perseverancia, caminemos por sendas de vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

“Cada uno de nosotros —escribía recientemente el papa Francisco—le interesa a Dios, su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás [algo que Dios Padre no hace jamás], no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos”. Ese Dios que nos ama con pasión y ternura maternal atiende nuestros clamores y encomienda nuestra causa a los oídos sensibles de personas generosas que no se han dejado endurecer el corazón por la indiferencia.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

La oración del humilde traspasa las nubes (Si 35,12-14.16-18)

1ª lectura

El Sirácida dice quién es Dios —un buen pagador, juez justo, que retribuye a cada uno según sus obras— y quién es el escuchado por Dios: el que da con generosidad, el oprimido, el huérfano y la viuda, el que le sirve, el humilde.

La mayor parte de estas cualidades —tanto las de Dios como las de quien se dirige a Él— las ve el lector del Nuevo Testamento compendiadas en la actitud de Jesús con los enfermos, pecadores y desvalidos.

El galardón de la fidelidad (2 Tm 4,6-8.16-18)

2ª lectura

Al considerar la proximidad del final de su vida, Pablo manifiesta que la muerte es una ofrenda a Dios, semejante a las libaciones que se hacían sobre los sacrificios. Presenta la existencia cristiana como un deporte sobrenatural, como una competición contemplada y juzgada por Dios mismo. La visión esperanzada de la vida eterna no está reservada al Apóstol, sino que se extiende a todos los fieles cristianos: «Nosotros que conocemos los gozos eternos de la patria celestial, debemos darnos prisa para acercarnos a ella» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 1,3).

El fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14)

Evangelio

La oración, además de ser perseverante, tiene que ser humilde. Es lo que enseña esta parábola: «¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra

propia voluntad, o desde “lo más profundo” (Sal 130,1) de un corazón humilde y contrito? El que se humilla será ensalzado. La humildad es la base de la oración. “Nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8,26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2559).

La parábola ejemplifica dos modos de oración opuestos. El fariseo, satisfecho de sí mismo — reza de pie (cfr v. 11)—, se jacta ante Dios de todo lo bueno que hace, no ve en sí pecado alguno y, por tanto, no siente necesidad de arrepentirse. Cumple sus obligaciones religiosas más allá de lo prescrito (v. 12): ayuna dos veces por semana, cuando los rabinos establecían ayunar una vez; paga el diezmo de todo, cuando sólo era obligatorio pagarlo de ciertos productos. Sus palabras no son verdadera oración porque no se dirige a Dios: reza «para sus adentros», y desprecia a los demás (v. 11). En el polo opuesto está el publicano. Éste reconoce humildemente su indignidad y se arrepiente sinceramente; se considera un pecador y confía sólo en la misericordia divina (v. 13). Su oración es auténtica y descubre las verdaderas disposiciones que hay que tener ante Dios. El publicano baja justificado (v. 14), «porque la oración contrita o la contrición orante eleva el alma a Dios, la une a su bondad y obtiene el perdón en virtud del amor divino que le comunica este santo movimiento» (S. Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios* 2,20).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

El fariseo y el publicano

Dado que la fe no es propia de los soberbios, sino de los humildes, a *algunos que se creían justos y despreciaban a los demás*, propuso esta parábola: *Subieron al templo a orar dos hombres. Uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo decía: Te doy gracias, ¡oh Dios!, porque no soy como los demás hombres. ¡Si al menos hubiese dicho «como algunos hombres»! ¿Qué significa como los demás hombres, sino todos a excepción de él? «Yo, dijo, soy justo; los demás, pecadores». No soy como los demás hombres, que son injustos, ladrones, adúlteros. La cercana presencia del publicano te fue ocasión de mayor hinchazón. Como este publicano, dijo. «Yo, dijo, soy único; ése es de los demás». «Por mis acciones justas no soy como ése, gracias a ellas no soy malvado». Ayuno dos veces en semana y doy la décima parte de cuanto poseo. ¿Qué pidió a Dios? Examina sus palabras y encontrarás que nada. Subió a orar, pero no quiso rogar a Dios, sino alabarse a sí mismo; más aún, subió a insultar al que rogaba. El publicano, en cambio, se mantenía en pie a lo lejos, pero el Señor le prestaba su atención de cerca. El Señor es excelso y dirige su mirada a las cosas humildes. A los que se exaltan, como aquel fariseo, los conoce, en cambio, desde lejos. Las cosas elevadas las conoce desde lejos, pero en ningún modo las desconoce. Escucha aun la humildad del publicano. Es poco decir que se mantenía en pie a lo lejos. Ni siquiera alzaba sus ojos al cielo. Para ser mirado rehuía el mirar él, no se atrevía a levantar la vista hacia arriba; le oprimía la conciencia y la esperanza lo levantaba. Escucha aún más: Golpeaba su pecho. El mismo se aplicaba los castigos. Por eso el Señor le perdonaba al confesar su pecado: Golpeaba su pecho diciendo: Señor, seme propicio a mí que soy un pecador. Pon atención a quien ruega. ¿De qué te admiras de que Dios perdone cuando el pecador se reconoce como tal? Has oído la controversia sobre el fariseo y el publicano; escucha la sentencia. Escuchaste al acusador soberbio y al reo humilde; escucha ahora al juez: En verdad os digo. Dice la verdad, dice Dios, dice el juez: En verdad os digo que aquel publicano descendió del templo justificado, más que aquel fariseo.*

Dinos, Señor, la causa, veo que el publicano desciende del templo más justificado; pregunto por qué. ¿Preguntas por qué? Escúchalo: *Porque todo el que se exalta será humillado, y todo el que*

se humilla será exaltado. Escuchaste la sentencia, guárdate de que tu causa sea mala. Digo otra cosa: Escuchaste la sentencia, guárdate de la soberbia.

Abran, pues, los ojos; escuchen estas cosas no sé qué charlatanes y óiganlas quienes, presumiendo de sus fuerzas, dicen: «Dios me hizo hombre, pero soy yo quien me hago justo» ¡Oh hombre, peor y más detestable que el fariseo! Aquel fariseo, con soberbia, es cierto, se declaraba justo, pero daba gracias a Dios por ello. Se declaraba justo, pero, con todo, daba gracias a Dios. *Te doy gracias, ¡oh Dios!, porque no soy como los demás hombres. Te doy gracias, ¡oh Dios!* Da gracias porque no es como los demás hombres y, sin embargo, es reprendido por soberbio y orgulloso, no porque daba gracias a Dios, sino porque daba la impresión de que no quería que le añadiese nada. *Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son injustos*. Luego tú eres justo; luego nada pides; luego ya estás lleno; luego ya vives en la abundancia, luego ya no tienes motivo para decir: *Perdónanos nuestras deudas*. ¿Qué decir, pues, de quien impíamente ataca a la gracia, si es reprendido quien soberbiamente da gracias?

(*Obras Completas, X-2º, Sermones, BAC, Madrid, 1983, Pág. 870-872*)

FRANCISCO – Audiencia general (1.VI.16) – Homilia (27.X.13) – Mensaje Domund 2016

Audiencia general (1.VI.16)

Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado hemos escuchado la parábola del juez y la viuda, sobre la necesidad de rezar con perseverancia. Hoy, con otra parábola, Jesús quiere enseñarnos cuál es la actitud correcta para rezar e invocar la misericordia del Padre; cómo se debe rezar; la actitud correcta para orar. Es la parábola del fariseo y del publicano (cf. *Lc 18, 9-14*).

Ambos protagonistas suben al templo para rezar, pero actúan de formas muy distintas, obteniendo resultados opuestos. El fariseo reza «de pie» (v. 11), y usa muchas palabras. Su oración es, sí, una oración de acción de gracias dirigida a Dios, pero en realidad es una exhibición de sus propios méritos, con sentido de superioridad hacia los «demás hombres», a los que califica como «ladrones, injustos, adúlteros», como, por ejemplo, —y señala al otro que estaba allí— «este publicano» (v. 11). Pero precisamente aquí está el problema: ese fariseo reza a Dios, pero en realidad se mira a sí mismo. ¡Reza a sí mismo! En lugar de tener ante sus ojos al Señor, tiene un espejo. Encontrándose incluso en el templo, no siente la necesidad de postrarse ante la majestad de Dios; está de pie, se siente seguro, casi como si fuese él el dueño del templo. Él enumera las buenas obras realizadas: es irreprochable, observante de la Ley más de lo debido, ayuna «dos veces por semana» y paga el «diezmo» de todo lo que posee. En definitiva, más que rezar, el fariseo se complace de la propia observancia de los preceptos. Pero sus actitudes y sus palabras están lejos del modo de obrar y de hablar de Dios, que ama a todos los hombres y no desprecia a los pecadores. Al contrario, ese fariseo desprecia a los pecadores, incluso cuando señala al otro que está allí. O sea, el fariseo, que se considera justo, descuida el mandamiento más importante: el amor a Dios y al prójimo.

No es suficiente, por lo tanto, preguntarnos *cuánto* rezamos, debemos preguntarnos también *cómo* rezamos, o mejor, *cómo es nuestro corazón*: es importante examinarlo para evaluar los pensamientos, los sentimientos, y extirpar arrogancia e hipocresía. Pero, pregunto: ¿se puede rezar con arrogancia? No. ¿Se puede rezar con hipocresía? No. Solamente debemos orar poniéndonos ante Dios así como somos. No como el fariseo que rezaba con arrogancia e hipocresía. Estamos todos

atrapados por las prisas del ritmo cotidiano, a menudo dejándonos llevar por sensaciones, aturridos, confusos. Es necesario aprender a encontrar de nuevo el camino hacia nuestro corazón, recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es allí donde Dios nos encuentra y nos habla. Sólo a partir de allí podemos, a su vez, encontrarnos con los demás y hablar con ellos. El fariseo se puso en camino hacia el templo, está seguro de sí, pero no se da cuenta de haber extraviado el camino de su corazón.

El publicano en cambio —el otro— se presenta en el templo con espíritu humilde y arrepentido: «manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho» (v. 13). Su oración es muy breve, no es tan larga como la del fariseo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!». Nada más. ¡Hermosa oración! En efecto, los recaudadores de impuestos —llamados precisamente, «publicanos»— eran considerados personas impuras, sometidas a los dominadores extranjeros, eran mal vistos por la gente y en general se los asociaba con los «pecadores». La parábola enseña que se es justo o pecador no por pertenencia social, sino por el modo de relacionarse con Dios y por el modo de relacionarse con los hermanos. Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano testimonian su consciencia acerca de su mísera condición. Su oración es esencial. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios. Y esto es hermoso: mendigar la misericordia de Dios. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, así despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente.

Jesús concluye la parábola con una sentencia: «Os digo que este —o sea el publicano— bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (v. 14). De estos dos, ¿quién es el corrupto? El fariseo. El fariseo es precisamente la imagen del corrupto que finge rezar, pero sólo logra pavonearse ante un espejo. Es un corrupto y simula estar rezando. Así, en la vida quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un corrupto y un hipócrita. La soberbia compromete toda acción buena, vacía la oración, aleja de Dios y de los demás. Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón. Es esta la humildad que la Virgen María expresa en el cántico del *Magnificat*: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. [...] su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1, 48.50). Que nos ayude ella, nuestra Madre, a rezar con corazón humilde. Y nosotros, repetimos tres veces, esas bonita oración: «Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador».

Homilía (27.X.13)

La oración en familia

Las lecturas de este domingo nos invitan a meditar sobre algunas características fundamentales de la familia cristiana.

1. La primera: *La familia que ora*. El texto del Evangelio pone en evidencia dos modos de orar, uno falso —el del fariseo— y el otro auténtico —el del publicano. El fariseo encarna una actitud que no manifiesta la acción de gracias a Dios por sus beneficios y su misericordia, sino más bien la

satisfacción de sí. El fariseo se siente justo, se siente en orden, se pavonea de esto y juzga a los demás desde lo alto de su pedestal. El publicano, por el contrario, no utiliza muchas palabras. Su oración es humilde, sobria, imbuida por la conciencia de su propia indignidad, de su propia miseria: este hombre en verdad se reconoce necesitado del perdón de Dios, de la misericordia de Dios.

La del publicano es la oración del pobre, es la oración que agrada a Dios que, como dice la primera Lectura, «sube hasta las nubes» (Si 35,16), mientras que la del fariseo está marcada por el peso de la vanidad.

A la luz de esta Palabra, quisiera preguntarles a ustedes, queridas familias: ¿Rezan alguna vez en familia? Algunos sí, lo sé. Pero muchos me dicen: Pero ¿cómo se hace? Se hace como el publicano, es claro: humildemente, delante de Dios. Cada uno con humildad se deja ver del Señor y le pide su bondad, que venga a nosotros. Pero, en familia, ¿cómo se hace? Porque parece que la oración sea algo personal, y además nunca se encuentra el momento oportuno, tranquilo, en familia... Sí, es verdad, pero es también cuestión de humildad, de reconocer que tenemos necesidad de Dios, como el publicano. Y todas las familias tenemos necesidad de Dios: todos, todos. Necesidad de su ayuda, de su fuerza, de su bendición, de su misericordia, de su perdón. Y se requiere sencillez. Para rezar en familia se necesita sencillez. Rezar juntos el “Padrenuestro”, alrededor de la mesa, no es algo extraordinario: es fácil. Y rezar juntos el Rosario, en familia, es muy bello, da mucha fuerza. Y rezar también el uno por el otro: el marido por la esposa, la esposa por el marido, los dos por los hijos, los hijos por los padres, por los abuelos... Rezar el uno por el otro. Esto es rezar en familia, y esto hace fuerte la familia: la oración.

2. La segunda Lectura nos sugiere otro aspecto: *la familia conserva la fe*. El apóstol Pablo, al final de su vida, hace un balance fundamental, y dice: «He conservado la fe» (2 Tm 4,7) ¿Cómo la conservó? No en una caja fuerte. No la escondió bajo tierra, como aquel siervo un poco perezoso. San Pablo compara su vida con una batalla y con una carrera. Ha conservado la fe porque no se ha limitado a defenderla, sino que la ha anunciado, irradiado, la ha llevado lejos. Se ha opuesto decididamente a quienes querían conservar, «embalsamar» el mensaje de Cristo dentro de los confines de Palestina. Por esto ha hecho opciones valientes, ha ido a territorios hostiles, ha aceptado el reto de los alejados, de culturas diversas, ha hablado francamente, sin miedo. San Pablo ha conservado la fe porque, así como la había recibido, la ha dado, yendo a las periferias, sin atrincherarse en actitudes defensivas.

También aquí, podemos preguntar: ¿De qué manera, en familia, conservamos nosotros la fe? ¿La tenemos para nosotros, en nuestra familia, como un bien privado, como una cuenta bancaria, o sabemos compartirla con el testimonio, con la acogida, con la apertura hacia los demás? Todos sabemos que las familias, especialmente las más jóvenes, van con frecuencia «a la carrera», muy ocupadas; pero ¿han pensado alguna vez que esta «carrera» puede ser también la carrera de la fe? Las familias cristianas son familias misioneras. Ayer escuchamos, aquí en la plaza, el testimonio de familias misioneras. Son misioneras también en la vida de cada día, haciendo las cosas de todos los días, poniendo en todo la sal y la levadura de la fe. Conservar la fe en familia y poner la sal y la levadura de la fe en las cosas de todos los días.

3. Y un último aspecto encontramos de la Palabra de Dios: *la familia que vive la alegría*. En el Salmo responsorial se encuentra esta expresión: «Los humildes lo escuchen y se alegren» (33,3). Todo este Salmo es un himno al Señor, fuente de alegría y de paz. Y ¿cuál es el motivo de esta alegría? Es éste: El Señor está cerca, escucha el grito de los humildes y los libra del mal. Lo escribió también San Pablo: «Alegraos siempre... el Señor está cerca» (Flp 4,4-5). Me gustaría hacer una pregunta hoy. Pero que cada uno la lleve en el corazón a su casa, ¡eh! Como una tarea a realizar. Y

responda personalmente: ¿Hay alegría en tu casa? ¿Hay alegría en tu familia? Den ustedes la respuesta.

Queridas familias, ustedes lo saben bien: la verdadera alegría que se disfruta en familia no es algo superficial, no viene de las cosas, de las circunstancias favorables... la verdadera alegría viene de la armonía profunda entre las personas, que todos experimentan en su corazón y que nos hace sentir la belleza de estar juntos, de sostenerse mutuamente en el camino de la vida. En el fondo de este sentimiento de alegría profunda está la presencia de Dios, la presencia de Dios en la familia, está su amor acogedor, misericordioso, respetuoso hacia todos. Y, sobre todo, un amor paciente: la paciencia es una virtud de Dios y nos enseña, en familia, a tener este amor paciente, el uno por el otro. Tener paciencia entre nosotros. Amor paciente. Sólo Dios sabe crear la armonía de las diferencias. Si falta el amor de Dios, también la familia pierde la armonía, prevalecen los individualismos, y se apaga la alegría. Por el contrario, la familia que vive la alegría de la fe la comunica espontáneamente, es sal de la tierra y luz del mundo, es levadura para toda la sociedad.

Queridas familias, vivan siempre con fe y simplicidad, como la Sagrada Familia de Nazaret. ¡La alegría y la paz del Señor esté siempre con ustedes!

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2016

Iglesia misionera, testigo de misericordia

Queridos hermanos y hermanas:

El Jubileo extraordinario de la Misericordia, que la Iglesia está celebrando, ilumina también de modo especial la Jornada Mundial de las Misiones 2016: nos invita a ver la misión *ad gentes* como una grande e inmensa obra de misericordia tanto espiritual como material. En efecto, en esta Jornada Mundial de las Misiones, todos estamos invitados a «salir», como discípulos misioneros, ofreciendo cada uno sus propios talentos, su creatividad, su sabiduría y experiencia en llevar el mensaje de la ternura y de la compasión de Dios a toda la familia humana. En virtud del mandato misionero, la Iglesia se interesa por los que no conocen el Evangelio, porque quiere que todos se salven y experimenten el amor del Señor. Ella «tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio» (Bula *Misericordiae vultus*, 12), y de proclamarla por todo el mundo, hasta que llegue a toda mujer, hombre, anciano, joven y niño.

La misericordia hace que el corazón del Padre sienta una profunda alegría cada vez que encuentra a una criatura humana; desde el principio, él se dirige también con amor a las más frágiles, porque su grandeza y su poder se ponen de manifiesto precisamente en su capacidad de identificarse con los pequeños, los descartados, los oprimidos (cf. *Dt* 4,31; *Sal* 86,15; 103,8; 111,4). Él es el Dios bondadoso, atento, fiel; se acerca a quien pasa necesidad para estar cerca de todos, especialmente de los pobres; se implica con ternura en la realidad humana del mismo modo que lo haría un padre y una madre con sus hijos (cf. *Jr* 31,20). El término usado por la Biblia para referirse a la misericordia remite al seno materno: es decir, al amor de una madre a sus hijos, esos hijos que siempre amará, en cualquier circunstancia y pase lo que pase, porque son el fruto de su vientre. Este es también un aspecto esencial del amor que Dios tiene a todos sus hijos, especialmente a los miembros del pueblo que ha engendrado y que quiere criar y educar: en sus entrañas, se conmueve y se estremece de compasión ante su fragilidad e infidelidad (cf. *Os* 11,8). Y, sin embargo, él es misericordioso con todos, ama a todos los pueblos y es cariñoso con todas las criaturas (cf. *Sal* 144,8-9).

La manifestación más alta y consumada de la misericordia se encuentra en el Verbo encarnado. Él revela el rostro del Padre rico en misericordia, «no sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que, además, y, ante todo, él mismo la encarna y personifica» (Juan Pablo II, Enc. *Dives in misericordia*, 2). Con la acción del Espíritu Santo, aceptando y siguiendo a Jesús por medio del Evangelio y de los sacramentos, podemos llegar a ser misericordiosos como nuestro Padre celestial, aprendiendo a amar como él nos ama y haciendo que nuestra vida sea una ofrenda gratuita, un signo de su bondad (cf. Bula *Misericordiae vultus*, 3). La Iglesia es, en medio de la humanidad, la primera comunidad que vive de la misericordia de Cristo: siempre se siente mirada y elegida por él con amor misericordioso, y se inspira en este amor para el estilo de su mandato, vive de él y lo da a conocer a la gente en un diálogo respetuoso con todas las culturas y convicciones religiosas.

Muchos hombres y mujeres de toda edad y condición son testigos de este amor de misericordia, como al comienzo de la experiencia eclesial. La considerable y creciente presencia de la mujer en el mundo misionero, junto a la masculina, es un signo elocuente del amor materno de Dios. Las mujeres, laicas o religiosas, y en la actualidad también muchas familias, viven su vocación misionera de diversas maneras: desde el anuncio directo del Evangelio al servicio de caridad. Junto a la labor evangelizadora y sacramental de los misioneros, las mujeres y las familias comprenden mejor a menudo los problemas de la gente y saben afrontarlos de una manera adecuada y a veces inédita: en el cuidado de la vida, poniendo más interés en las personas que en las estructuras y empleando todos los recursos humanos y espirituales para favorecer la armonía, las relaciones, la paz, la solidaridad, el diálogo, la colaboración y la fraternidad, ya sea en el ámbito de las relaciones personales o en el más grande de la vida social y cultural; y de modo especial en la atención a los pobres.

En muchos lugares, la evangelización comienza con la actividad educativa, a la que el trabajo misionero le dedica esfuerzo y tiempo, como el viñador misericordioso del Evangelio (cf. *Lc* 13.7-9; *Jn* 15,1), con la paciencia de esperar el fruto después de años de lenta formación; se forman así personas capaces de evangelizar y de llevar el Evangelio a los lugares más insospechados. La Iglesia puede ser definida «madre», también por los que llegarán un día a la fe en Cristo. Espero, pues, que el pueblo santo de Dios realice el servicio materno de la misericordia, que tanto ayuda a que los pueblos que todavía no conocen al Señor lo encuentren y lo amen. En efecto, la fe es un don de Dios y no fruto del proselitismo; crece gracias a la fe y a la caridad de los evangelizadores que son testigos de Cristo. A los discípulos de Jesús, cuando van por los caminos del mundo, se les pide ese amor que no mide, sino que tiende más bien a tratar a todos con la misma medida del Señor; anunciamos el don más hermoso y más grande que él nos ha dado: su vida y su amor.

Todos los pueblos y culturas tienen el derecho a recibir el mensaje de salvación, que es don de Dios para todos. Esto es más necesario todavía si tenemos en cuenta la cantidad de injusticias, guerras, crisis humanitarias que esperan una solución. Los misioneros saben por experiencia que el Evangelio del perdón y de la misericordia puede traer alegría y reconciliación, justicia y paz. El mandato del Evangelio: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (*Mt* 28,19-20) no está agotado, es más, nos compromete a todos, en los escenarios y desafíos actuales, a sentirnos llamados a una nueva «salida» misionera, como he señalado también en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (20).

En este Año jubilar se cumple precisamente el 90 aniversario de la Jornada Mundial de las Misiones, promovida por la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe y aprobada por el Papa Pío XI en 1926. Por lo tanto, considero oportuno volver a recordar las sabias indicaciones de mis predecesores, los cuales establecieron que fueran destinadas a esta Obra todas las ofertas que las diócesis, parroquias, comunidades religiosas, asociaciones y movimientos eclesiales de todo el mundo pudieran recibir para auxiliar a las comunidades cristianas necesitadas y para fortalecer el anuncio del Evangelio hasta los confines de la tierra. No dejemos de realizar también hoy este gesto de comunión eclesial misionera. No permitamos que nuestras preocupaciones particulares encojan nuestro corazón, sino que lo ensanchemos para que abarque a toda la humanidad.

Que Santa María, icono sublime de la humanidad redimida, modelo misionero para la Iglesia, enseñe a todos, hombres, mujeres y familias, a generar y custodiar la presencia viva y misteriosa del Señor Resucitado, que renueva y colma de gozosa misericordia las relaciones entre las personas, las culturas y los pueblos.

Vaticano, 15 de mayo de 2016, Solemnidad de Pentecostés

Francisco

BENEDICTO XVI – Jesús de Nazaret I

Al reflexionar sobre la Torá del Mesías en el Sermón de la Montaña veremos cómo se enlazan ahora la libertad de la Ley, el don de la gracia, la “mayor justicia” exigida por Jesús a los discípulos y la “sobr abundancia” de justicia frente a la justicia de los fariseos y los escribas (cf. Mt 5, 20). Tomemos de momento un ejemplo: el relato del fariseo y el publicano que rezan ambos en el templo, pero de un modo muy diferente (cf. Lc 18, 9-14).

El fariseo se jacta de sus muchas virtudes; le habla a Dios tan sólo de sí mismo y, al alabarse a sí mismo, cree alabar a Dios. El publicano conoce sus pecados, sabe que no puede vanagloriarse ante Dios y, consciente de su culpa, pide gracia. ¿Significa esto que uno representa el ethos y el otro la gracia sin ethos o contra el ethos? En realidad, no se trata de la cuestión ethos sí o ethos no, sino de dos modos de situarse ante Dios y ante sí mismo. Uno, en el fondo, ni siquiera mira a Dios, sino sólo a sí mismo; realmente no necesita a Dios, porque lo hace todo bien por sí mismo. No hay ninguna relación real con Dios, que a fin de cuentas resulta superfluo; basta con las propias obras. Aquel hombre se justifica por sí solo. El otro, en cambio, se ve en relación con Dios. Ha puesto su mirada en Dios y, con ello, se le abre la mirada hacia sí mismo. Sabe que tiene necesidad de Dios y que ha de vivir de su bondad, la cual no puede alcanzar por sí solo ni darla por descontada. Sabe que necesita misericordia, y así aprenderá de la misericordia de Dios a ser él mismo misericordioso y, por tanto, semejante a Dios. Él vive gracias a la relación con Dios, de ser agraciado con el don de Dios; siempre necesitará el don de la bondad, del perdón, pero también aprenderá con ello a transmitirlo a los demás. La gracia que implora no le exime del ethos. Sólo ella le capacita para hacer realmente el bien. Necesita a Dios, y como lo reconoce, gracias a la bondad de Dios comienza él mismo a ser bueno. No se niega el ethos, sólo se le libera de la estrechez del moralismo y se le sitúa en el contexto de una relación de amor, de la relación con Dios; así el ethos llega a ser verdaderamente él mismo.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La humildad es el fundamento de la oración

588 Jesús escandalizó a los fariseos comiendo con los publicanos y los pecadores (cf. Lc 5, 30) tan familiarmente como con ellos mismos (cf. Lc 7, 36; 11, 37; 14, 1). Contra algunos de los “que se tenían por justos y despreciaban a los demás” (Lc 18, 9; cf. Jn 7, 49; 9, 34), Jesús afirmó: “No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (Lc 5, 32). Fue más lejos todavía al proclamar frente a los fariseos que, siendo el pecado una realidad universal (cf. Jn 8, 33-36), los que pretenden no tener necesidad de salvación se ciegan con respecto a sí mismos (cf. Jn 9, 40-41).

La oración como don de Dios

2559 “La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes” (San Juan Damasceno, f. o. 3, 24). ¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde “lo más profundo” (Sal 130, 14) de un corazón humilde y contrito? El que se humilla es ensalzado (cf. Lc 18, 9-14). La humildad es la base de la oración. “Nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rom 8, 26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (cf. San Agustín, serm 56, 6, 9).

2613 S. Lucas nos ha transmitido tres parábolas principales sobre la oración:

La primera, “el amigo importuno” (cf. Lc 11, 5-13), invita a una oración insistente: “Llamad y se os abrirá”. Al que ora así, el Padre del cielo “le dará todo lo que necesite”, y sobre todo el Espíritu Santo que contiene todos los dones.

La segunda, “la viuda importuna” (cf. Lc 18, 1-8), está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la paciencia de la fe. “Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

La tercera parábola, “el fariseo y el publicano” (cf. Lc 18, 9-14), se refiere a la humildad del corazón que ora. “Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador”. La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: “¡Kyrie eleison!”.

Jesús satisface la oración de la fe

2616 La oración a Jesús ya ha sido escuchada por él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: cf. Mc 1, 40-41; Jairo: cf. Mc 5, 36; la cananea: cf. Mc 7, 29; el buen ladrón: cf. Lc 23, 39-43), o en silencio (los portadores del paralítico: cf. Mc 2, 5; la hemorroísa que toca su vestido: cf. Mc 5, 28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: cf. Lc 7, 37-38). La petición apremiante de los ciegos: “¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!” (Mt 9, 27) o “¡Hijo de David, ten compasión de mí!” (Mc 10, 48) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: “¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!” Curando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria que le suplica con fe: “Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!”.

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: “Orat pro nobis ut sacerdos noster, orat in nobis ut caput nostrum, oratur a nobis ut Deus noster. Agnoscamus ergo et in illo voces nostras et voces eius in nobis” (“Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros

como cabeza nuestra; a El dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en El nuestras voces; y la voz de El, en nosotros”, Sal 85, 1; cf IGLH 7).

La adoración, la disposición del hombre que se reconoce criatura delante del Señor

2628 La adoración es la primera actitud del hombre que se reconoce criatura ante su Creador. Exalta la grandeza del Señor que nos ha hecho (cf Sal 95, 1-6) y la omnipotencia del Salvador que nos libera del mal. Es la acción de humillar el espíritu ante el “Rey de la gloria” (Sal 14, 9-10) y el silencio respetuoso en presencia de Dios “siempre mayor” (S. Agustín, Sal. 62, 16). La adoración de Dios tres veces santo y soberanamente amable nos llena de humildad y da seguridad a nuestras súplicas.

La oración de perdón es el primer motivo de la oración de petición

2631 La petición de perdón es el primer movimiento de la oración de petición (cf el publicano: “ten compasión de mí que soy pecador”: Lc 18, 13). Es el comienzo de una oración justa y pura. La humildad confiada nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo, y de los unos con los otros (cf 1 Jn 1, 7-2, 2): entonces “cuanto pidamos lo recibimos de Él” (1 Jn 3, 22). Tanto la celebración de la eucaristía como la oración personal comienzan con la petición de perdón.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

El fariseo y el publicano

El Evangelio de este Domingo es la parábola del fariseo y del publicano. La frase inicial excusa el deber que se tiene en un drama de presentar a los personajes:

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano».

Una frase otro tanto lapidaria, al finalizar, describe el éxito de la cuestión:

«Éste bajó a su casa justificado, Y aquél no».

En el momento de entrar en el templo, los dos personajes, aun perteneciendo a categorías religiosas y sociales distintas, en el fondo, eran muy semejantes entre sí. En el momento de salir, son aquellos dos personajes radicalmente distintos. Uno estaba «justificado», esto es, era justo, perdonado, estaba en paz con Dios, había sido hecho criatura nueva; el otro ha permanecido el que era al inicio, es más, quizás hasta ha empeorado su posición ante Dios. Uno ha obtenido la salvación, el otro no.

¿Qué han hecho de forma tan distinta los dos, en el breve tiempo transcurrido en el templo, para justificar un resultado tan opuesto? Jesús nos lo explica, presentándonos a los dos personajes en acción. Él hace como el cámara televisivo, cuando, después de haber hecho una toma total sobre la escena, encuadra a los dos principales actores separadamente a uno después del otro, con primeros planos una vez sobre uno y otras sobre el otro. El objetivo apunta, ante todo, al fariseo.

«El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”».

Analicemos un poco esta descripción. El fariseo comienza diciendo: «¡Oh Dios!, te doy gracias...» El inicio es bueno. Comenzar a orar dando gracias a Dios es cosa sumamente recomendable. Pero, prestemos bien atención. ¿Por qué el fariseo da gracias a Dios? ¿Por motivo de Dios? No, por motivo de sí mismo: «porque, dice, yo no soy como los demás: ladrones, injustos,

adúlteros; ni como ese publicano». Al final, su oración podría aún salvarse y ser digna de alabanza, si todo esto se lo atribuyese a la gracia de Dios. Por el contrario, no; él atribuye su «no ser como los demás» a las propias obras: al hecho de que ayuna y paga el diezmo.

Frecuentemente, se piensa que el fariseo es un hombre como debe ser, «irreprensible en cuanto a la observancia que procede de la ley», y su único error es que le falta humildad. Pero, posiblemente esto no es del todo exacto. Jesús, se lee en la introducción del texto, dijo esta parábola por «algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos». No es que fueran *justos* sino que se *sentían* tales. En realidad, ¿qué ha hecho el fariseo? Él, por así decirlo, se ha recortado una moral para sí como un vestido a su medida. Ha establecido por cuenta suya cuáles son las cosas respecto a las que se decide quién es justo y quién es injusto, quién es bueno y quién malo. Para él son éstas: no ser ladrón, no ser injusto, no cometer adulterio, ayunar dos veces por semana y pagar las tasas o el diezmo de lo que tiene. Las cosas más importantes son las que hace él y los demás no las hacen. Se ha hecho el autorretrato. De este modo, ante la comparación uno termina por salir siempre triunfante.

El fariseo no se da cuenta, por ejemplo, que ha dejado fuera de su cuadro un punto importantísimo de la Ley, esto es, el amor al prójimo. Esto no tiene ningún puesto en su ideal de perfección, si él puede calificar indiscriminadamente a todos los demás como ladrones, injustos y adúlteros, y referirse con tanto desprecio al publicano, que está junto a él. No obstante, al igual como todos los estudiosos de la Ley, él sabía bien que amar al prójimo como a sí mismo era el más importante de los mandamientos (cfr. *Lucas 10, 25ss.*).

Pero, el planteamiento del fariseo es equivocado por un motivo aún más serio. Él ha invertido completamente las partes entre él y Dios. Ha hecho de Dios a un deudor y de sí mismo a un acreedor. Él ha realizado algunas obras buenas y ahora se presenta ante Dios para recibir lo que le es debido. ¿Qué hace Dios de grande y extraordinario en este caso? Nada más que lo que hace un vendedor, que entrega las mercancías a quien le presenta el talón o el boleto.

Desplacemos, ahora, el objetivo sobre el publicano:

«El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”».

Este hombre está sólo delante de Dios, no se compara con los demás, como hacía el fariseo, sino solamente consigo mismo y con Dios. No se arriesga ni siquiera a aproximarse al altar, teniéndose por indigno de acercarse ante Dios y ni siquiera a levantar los ojos al cielo. Se golpea el pecho. De su corazón surge una oración mucho más breve que la del fariseo, en la que el corazón está todo contrito y humillado: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador».

Jesús, así, nos ha proyectado dos modos radicalmente distintos de concebir la salvación: o como algo que el hombre pretende realizar por sí solo o como un don de la gracia y de la misericordia de Dios. El ejemplo más célebre de conversión del primero al segundo de estos modos es el del apóstol Pablo. «Fariseo en cuanto a la ley», como se definía a sí mismo, desde el día que encontró a Cristo, él consideró «pérdida y basura» su justicia, que provenía de la observancia de la ley, en comparación con la santidad que proviene de la *fe* en Jesús (cfr. *Filipenses 3, 5-9*).

Tales dos modos de concebir la salvación están aún presentes y operantes en el panorama religioso de hoy. Muchas de las así llamadas «nuevas formas de religiosidad», hoy en boga, conciben la salvación como una conquista personal, debida a técnicas meditativas y alimentarias o a particulares conocimientos filosóficos. La fe cristiana la conciben como un don gratuito de Dios en

Cristo, que ciertamente exige esfuerzo personal y la observancia de los mandamientos; pero, más como *respuesta* a la gracia que como su *causa*.

El haber ilustrado la parábola del fariseo y del publicano, como hasta aquí hemos hecho, no nos serviría mucho, si no buscásemos ahora aplicarla a nuestra vida personal. Sería muy simplista identificar al publicano con los cristianos y al fariseo con los demás. La diferencia es mucho más sutil. También, entre los cristianos, algunos pertenecen a la categoría de fariseos y otros a la de publicanos.

Un cristiano se comporta, por ejemplo, como un fariseo cuando establece por su cuenta la medida del bien y del mal, de modo que aquella corresponda exactamente a lo que hace él. Un marido o un padre de familia dirá: «El marido ideal, un óptimo padre de familia, es aquel que se comporta así y así...» y, tácitamente, se señala y se describe a sí mismo. También yo, que os hablo, puedo decir o pensar dentro de mí: «El sacerdote ideal es el que actúa así y así, que predica así y así, que emplea el tiempo así y así...», y se sobreentiende, como hago yo. La Escritura llama a todo esto *autojustificación* (¡aprendamos la palabra, para olvidar el hecho!) Pero, quien se justifica por sí solo nunca hará la experiencia de poder «volver a casa justificado» por Dios, como el publicano.

Nadie o poquísimos están o siempre de la parte del fariseo o siempre de la parte del publicano. Los más tenemos un poco de uno y un poco del otro en el sentido de que, a veces, nos comportamos como el fariseo y, a veces, como el publicano. Lo peor sería comportarse en la vida como el publicano y como el fariseo en el templo. Los publicanos eran considerados y, en realidad lo eran, pecadores, hombres sin escrúpulos, que ponían por encima de todo el dinero y los negocios. Los fariseos, por el contrario, eran muy austeros en la vida práctica, observantes de la Ley y (con el límite antes señalado) hasta muy piadosos. Nos asemejamos, por lo tanto, al publicano en la vida y al fariseo en el templo, si, como el publicano, *somos* pecadores y, como el fariseo, *nos creemos* justos.

Hay personas que en la vida hacen de todos los colores; pero, pocas, cuando se presentan ante Dios, las que no encuentran absolutamente nada de qué acusarse y hacerse perdonar. Muchas confesiones, todavía hoy, comienzan así: «Yo no he robado, no he acumulado bienes, no he hecho mal a nadie». Quien habla así, se ha recortado, como el fariseo, una moral de acomodación para sí mismo, que le permite sentirse bien consigo mismo y con Dios. Se ha absuelto por sí solo, imposibilitándose de ser absuelto por Dios.

Si precisamente debemos resignarnos en ser un poco uno y un poco el otro, entonces, que sea al menos al revés: ¡fariseos en la vida y publicanos en el templo! Como el fariseo, busquemos en la vida de cada día, no ser ladrones, injustos y adúlteros, sino observar lo mejor que podamos los mandamientos de Dios; y como el publicano, reconozcamos, cuando estamos ante Dios, que lo poco que hemos hecho todo es un don suyo e imploramos, para nosotros y para todos, su misericordia.

El publicano nos sugiere un modo sencillo y eficaz para hacer todo esto; decir: «¡Oh Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador!» En su brevedad, ésta es una oración completa. Están uno frente a otro, Dios y el hombre, cada uno con lo que tiene como más propio: el hombre con su pecado y Dios con su misericordia. Una oración, al mismo tiempo, llena de humildad y de confianza, que va directa al corazón de Dios. «Después de estas tres o cuatro palabras, dice Dios, el hombre puede decirme lo que quiera. Estoy desarmado» (Péguy).

¿Por qué no probar también nosotros a repetirla alguna vez?

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Veracidad de vida cristiana

La parábola que consideramos este domingo en la Santa Misa nos pone ante los ojos un ejemplo de falta de conocimiento propio. Nos conviene por eso a todos sentirnos aludidos, ya que deseamos mejorar rectificando nuestros errores, que siempre tendremos en esta vida. El reconocimiento de nuestros defectos nos es imprescindible para combatirlos. No es malo, por tanto, advertir que, en mayor o menor medida, hay en cada uno un fariseo como el de la parábola; por el contrario, nos conviene saberlo para luchar contra él. Para empezar, ya estamos, como aquel, en actitud de oración. De sobra sabemos que es bueno rezar, pero es a partir de la oración –defectuosa– como se presenta el problema. Un verdadero problema, si acabamos pensando que no es necesario exigirnos más, que ya hacemos bastante ante Dios. Quien piensa así, como consecuencia, no se arrepiente ni pide perdón, no hace propósitos de mejora, porque no siente dolor de sus pecados. Posiblemente en su oración se dedica únicamente a pedir favores.

No es infrecuente encontrarse con personas que se extrañan de que se les plantee la posibilidad de hacer más. Los hay que casi piensan se exceden, que hacen un favor a alguien –a Dios tal vez– por cumplir algunas normas de piedad. Los fallos, las omisiones, sus defectos en definitiva, plasmados una y otra vez en la conducta de cada día –la que Dios espera de ellos– les parecen siempre comprensibles; lo cual es cierto y hasta bueno que así lo consideren; lo malo es que, además, esas faltas les parecen disculpables ante sí mismos y, por su puesto, ante los demás. El resultado o conclusión de ese modo de pensar es que no se rectifica, pues no se ve la necesidad, no habiendo dolor por faltas cometidas. El verdadero propósito de la enmienda es manifestación natural sólo del verdadero dolor de los pecados. Está, por así decir, incluido en ese “pesar” en el alma por haber ofendido a Dios o por no haber sabido amarle.

Pidamos al Señor que nos libre de esa actitud que convive tantas veces con nosotros, que no es otra cosa que falta de auténtica oración, falta de interés por amar a Dios y de egoísmo y exceso de amor propio. La preocupación de algunos por ser buenos cristianos, en el fondo, puede ser eso: amor propio, no propiamente amor de Dios. Se busca, en efecto, más la tranquilidad de la conciencia y el sentirse justificado o satisfecho de uno mismo, que amar a Dios todo lo posible, con toda la capacidad de amar –mucho o poca– de que se dispone. No es raro que, pensando así, más de uno pueda sentirse aludido por aquel punto de Camino, en el que se retrata al que intenta ser cristiano sin verdadero amor al Señor: *Ya sé que evitas los pecados mortales. —¡Quieres salvarte! —Pero no te preocupa ese continuo caer deliberadamente en pecados veniales, aunque sientes la llamada de Dios, para vencerte en cada caso.*

—Tu tibieza hace que tengas esa mala voluntad.

Aquel hombre fariseo estaba demasiado preocupado por cumplir, en el más estricto sentido de la expresión. Actuaba correctamente por miedo: porque si no... sufriría las consecuencias. Tenía de Dios un concepto negativo y monstruoso. Pensaba que había que cumplir la ley “por la cuenta que te trae...”, en el fondo, por lo mismo. No se había enterado de que tenemos en Dios, por su infinita bondad, una permanente y gratuita ocasión de desarrollo. Podemos engrandecernos a su medida, fundirnos con Él por el amor, amando con obras lo que Él ama. Así es nuestra vida como Dios la espera de cada uno.

¿Qué pretendo, qué pretendemos cada uno en el fondo, con nuestro empeño por ser un buen cristiano? ¿Tengo muy presente que mi vida, precisamente por ser humana –no meramente animal–, es una permanente ocasión de amar a Dios? Debemos considerarlo en profundidad, no vaya a ser que

todo el empeño por ser buen cristiano, por seguir a Jesucristo, por vivir el Evangelio, o como quiera que expresemos el interés por Dios, acabe siendo, de hecho, tan sólo un vulgar interés por el propio yo. Podría tratarse en realidad de una reacción de miedo: “porque si no...”, por lo que podría perder si menosprecio ciertas prácticas. Sería, desde luego, como para dudar de que quiero agradar a Dios con mi vida, porque le amo.

Cuando se quiere a Dios de verdad, todo lo propio deseamos dirigirlo hacia Él. Nada por Él parece demasiado, al contrario, cualquier detalle de generosidad, hasta el más heroico, parece pequeño, una insignificancia, para el alma que ama. Se quisiera dar mucho más, pues todo parece poco para lo que merece el Ser Amado: Dios, para el alma cristiana. No parece, por eso, demasiado cuidar un detalle pequeño: de poca importancia se suele decir... Por el contrario, si es pequeño, razón de más para no resistirse, para ofrecerlo a Dios con ilusionado primor con tal de agradarle. Si no, es que flaquea el amor: siendo tan pequeño, tan fácil... Y por lo mismo, el alma enamorada se examina intentando descubrir un detalle y otro, grandes y pequeños, con los que mejorar la conducta, pues sabe que en las obras está la verdad de lo que se quiere a otro, que en este caso es Dios.

La vida de nuestra Madre fue un continuo empeño de su parte para que en Ella se cumpliera la voluntad del Señor. A Santa María nos encomendamos, rogándole nos conceda un espíritu sincero que busque no sólo mejorar si no, ante todo, agradar a Dios: amarle.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El fariseo y el publicano: la justificación por medio de la fe

Para entender el tema central de la parábola del fariseo y el publicano que acabamos de escuchar, es necesario tener presente la introducción y la conclusión: *Y refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, dijo también esta parábola... Les aseguro que este último volvió a su casa justificado, pero no el primero.* El corazón del problema está encerrado en las palabras “justos” “justificado” y se puede formular de la siguiente forma: ¿Cómo nos salvamos? ¿Cuál es el camino que conduce a la salvación? Se trata, en otras palabras, del gran problema de la justificación.

A la pregunta: ¿Cómo nos salvamos?, los fariseos —al menos los que Jesús tiene en la mira en este texto— respondían: ¡Observando la ley! Jesús responde: ¡No! La salvación no surge de la observancia, sino de otra cosa; es un don de Dios que exige, como condición necesaria y suficiente, sólo la fe (no es casual que justo antes y justo después de la parábola del fariseo, Lucas ponga las palabras de Jesús: *¡Tu fe te ha salvado!*). En la oración del fariseo, el sujeto es el “yo” (yo ayuno, yo pago el diezmo, yo no soy como los otros); en la oración del publicano, el sujeto es Dios (¡Dios ten piedad de mí!); por una parte, el protagonista de la salvación es el hombre, por la otra, Dios. Estamos como en dos pendientes distintas: de un lado, la ley, del otro, el Evangelio. Se entiende entonces la importancia de lo que está en juego. Se trata, para nosotros, de ponernos del lado justo; de hecho, no hace falta nada para que un cristiano viva, en realidad, bajo un régimen de ley antes que de Evangelio; en el Antiguo, antes que en el Nuevo Testamento, con ánimo de esclavo, antes que de hijo. Tal vez sean mayoría, incluso, los que nunca superaron conscientemente esa pendiente para asomarse al horizonte nuevo, donde se respira aire de libertad, de fe y de gracia. Son recaídas que ocurren; las grandes verdades religiosas son más difíciles de mantener que de descubrir. Les sucedió algo parecido también a los hebreos: los profetas, en el Antiguo Testamento, ya se habían acercado a la perspectiva evangélica, pero su enseñanza fue olvidada y los encontramos así, en tiempos de Jesús, con esa extraña mentalidad legalista, contra la cual él tuvo que luchar tan duramente toda la

vida. Enseñanza ésta que nos viene de la parábola del fariseo que resulta sumamente actual también para los cristianos de hoy.

Ya formulamos el principio: la justificación y la salvación vienen de la fe en Jesús. Ahora, debemos comprenderlo; comprenderlo significa darle vueltas para todos lados, poseerlo, estrecharlo, hacerla nuestro, se entiende en la medida de lo posible para nuestra mente y con la ayuda del Espíritu Santo. ¿Quién nos guiará en esta especie de “vuelta alrededor del Evangelio”? ¡El apóstol san Pablo! Él es el maestro insuperado de estas cosas; se diría que Jesús eligió a este hombre, lo preparó largo tiempo, “desde el seno materno”, para que explicara bien a su Iglesia lo que era su pensamiento dominante. Debemos llamar a la puerta de Pablo; Pablo presenta la gran ventaja de poder hablarnos por experiencia: Yo —nos dice— era un fariseo más o menos igual al que ahora conocen también ustedes a través de la parábola; hebreo de origen palestino, o sea, de la más pura raza, circuncidado al octavo día, “irreprochable en cuanto a la justicia que nace de la observancia de la ley”. Luego, un día, abrí los ojos; mejor dicho, alguien me los abrió; de golpe, todas las cosas que antes me parecían una ventaja me resultaron una pérdida, casi desperdicio; entonces, dejé de seguir “mi justicia nacida de la ley” y empecé a buscar “la que deriva de la fe en Cristo” (cf. Fil. 3.5-9). Pablo hizo la primera exégesis de la parábola del fariseo y el publicano y la hizo del natural porque vivió personalmente las dos partes.

La intuición fundamental descrita en este texto autobiográfico fue desarrollada por Pablo en dos grandes cartas, la carta a los Gálatas y la carta a los Romanos; hoy tenemos la oportunidad de echar finalmente un vistazo a estas dos famosas cartas, especialmente a la segunda, y esto es siempre un acontecimiento para una comunidad cristiana. *Somos judíos de nacimiento y no pecadores venidos del paganismo. Pero como sabemos que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído en él, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la Ley; en efecto, nadie será justificado en virtud de las obras de la Ley* (Gal. 2.15-16): no hay, entonces, de un lado justos y del otro pecadores, como pensaban los fariseos; “todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero son justificados gratuitamente por su gracia en virtud de la redención cumplida en Cristo Jesús” (Rom. 3.23-24). En estos textos no faltan nunca, como se ve, algunas palabras-clave: justicia, fe, gracia, Jesucristo. La “justicia de Dios” de la cual se habla aquí es muy distinta de la justicia humana que contiene la idea de castigo o recompensa (hacer justicia, obtener justicia); ésta indica en cambio un acto gratuito y soberano con el cual Dios salva en virtud de su promesa; un acto con el cual Dios hace justicia, ante todo, a sí mismo honrando su palabra y su gracia (esa fue la gran idea de Pablo redescubierta por Lutero).

Estamos así en la epopeya de la fe: el justo vive por la fe; la fe es redescubierta como el camino maestro de la salvación también en el Antiguo Testamento: Abraham creyó y esto le fue tenido en cuenta para su justificación (cf. Rom. 4.1-3). Sólo la fe es la respuesta adecuada a la gran confianza que Dios tuvo, primero, en nosotros. Estamos, al mismo tiempo, en la exaltación plena de Jesucristo, porque ahora él es el contenido y el centro de la fe, él muerto y resucitado; su Cruz es todo el alarde, la gloria, la esperanza y la audacia de los creyentes.

A esta altura, podía surgir un problema. ¿Y las obras, entonces, no cuentan para nada? ¿Entonces, uno puede hacer lo que quiera? ¿El pecado es insignificante en todo esto? De hecho, es lo que sucedió; más aún, no se trató sólo de un problema, sino de una verdadera crisis para la Iglesia. La justificación a través de la fe era como un gran obelisco que se erigía en medio de la Iglesia; era inevitable que oscilase un poco a derecha e izquierda, antes de encontrar su posición justa y su equilibrio definitivo (¿quién sabe, incluso, si lo encontró!).

Hubo primero una oscilación, por así decirlo, hacia la izquierda, que iba al extremo opuesto de la creencia judía y marginaba del todo las buenas obras y la observancia de la ley. Se encargó de denunciarlo, con gran vigor, el autor de la epístola de Santiago: *¿De qué le sirve a uno —dice— hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras?... Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta* (Sant. 2. 14.17). Para Santiago, las obras son necesarias justamente para mantener con vida la fe, pero no se preocupa de explicar por qué; le basta restablecer el equilibrio, reafirmando la necesidad de una y otra cosa, tanto de la fe como de las buenas obras.

Otra crisis, esta vez bastante más dramática, se vivió, por el mismo motivo, con el cisma protestante. A Lutero le pareció —y no estaba del todo equivocado— que en la Iglesia de su tiempo se había empañado, al menos en la práctica, la intuición de san Pablo de la justificación mediante la fe y que se ponía excesiva confianza en el aporte del hombre a la salvación (buenas obras, penitencias, méritos, indulgencias, etc.). Declaró entonces la carta de Santiago como “una carta de paja” y, al grito de “sola fide”, sólo por fe, abrió paso a la Reforma protestante que partió en dos troncos al cristianismo occidental. Otra oscilación del obelisco, esta vez a la derecha, fue seguida así, con Lutero, por una más violenta hacia la izquierda que provocó la ruptura.

Hoy, en el clima de diálogo ecuménico que se ha establecido entre católicos y protestantes, estamos dándonos cuenta de que el problema no era, y no es, elegir entre Pablo y Santiago, sino entender mejor al mismo Pablo y, más aún, a través de él, al mismo Jesús. Jesús, de hecho, no descalificó las buenas obras que el fariseo decía haber realizado; por el contrario, afirmó la importancia de la observancia de los mandamientos de Dios y, de infinitas maneras (véase, por ejemplo, Mt. 25) inculcó las obras de penitencia y de misericordia, sin excluir el ayuno mismo y la limosna misma que eran tan caros al fariseo. El apóstol Pablo tiene palabras durísimas contra quienes hacían de la libertad de la ley un pretexto para cubrir la malicia y la indolencia (cf. Gal. 5.13) o que iban diciendo por ahí: “¡Todo me está permitido!” (1 Cor. 6.12). Él une siempre fe y caridad; la fe, para ser auténtica, debe traducirse en caridad (cf. Gal. 5,6), donde caridad no indica solamente una actitud interior, sino también obras activas al servicio de los demás (*Háganse más bien servidores los unos de los otros* (Gal. 5,13). *Aunque tuviera toda la fe —llega a decir— una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy, nada* (1 Cor. 13,2). Si para el fariseo era importante hacer obras buenas, para uno que ha creído en la gracia de Cristo lo es mucho más; lo es incluso al cuadrado. (¡No nos salvamos por las obras, pero no nos salvamos sin las obras!).

¿Dónde está entonces la diferencia? ¿En qué se equivocaba el fariseo? En el considerar que las obras buenas eran la *causa* de la justificación, en tanto que, aunque sean sinceras, no son más que su *efecto*. No es una diferencia pequeña: se trata de decidir si Dios es deudor o acreedor respecto del hombre. Está de por medio la naturaleza misma de Dios, su santidad y libertad. En la oración del fariseo (y en cada uno que cree salvarse por propios méritos) hay un intento, inconsciente pero real, de invertir los papeles entre el hombre y Dios, de acorralar, por así decirlo, a Dios, asignándole —a él que es el creador de todo— el papel de deudor, de alguien que está obligado a dar una contraprestación. ¿Quién me dio —dice Dios— algo primero, como para que yo le retribuya? (cf. Rom. 11,35); a mis ojos, sus famosos “actos de justicia” no son más que “trapos sucios” (cf. Is. 64,5).

Se nos abrió así una ventana para entender el sentido y el lugar del compromiso personal en la obra de la salvación; éste es una respuesta, una consecuencia lógica, pero, como tal, necesaria; para el niño, respirar con sus propios pulmones es una consecuencia de haber nacido, pero es necesario para mantenerse con vida. Por medio de la fe y el Bautismo fuimos generados a una vida

nueva, entramos como en un mundo nuevo que es el mundo inaugurado por Jesús mediante su muerte y resurrección. Aquí reina una lógica nueva; no ya: Debo hacer o evitar esto, de lo contrario no me salvo; sino: Debo hacer, o evitar hacer, esto porque me salvo; porque lo contrario —el pecado— es absurdo (la palabra es del mismo Pablo en Rom. 6,15); es como introducir la muerte en la vida; ¡es un suicidio! *Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva* (Rom. 6,4).

Esta nueva lógica es la lógica del *amor*: Debo amar porque fui amado. Es “el amor de Cristo” (ya no la ley) lo que me impulsa a obrar, a sacrificarme, a entregarme (cf. 2 Coro 5,14); ya no estamos en la lógica de los fariseos del “do ut des”, te doy para que me des, sino en la lógica evangélica que se expresa así: Te doy porque tú me diste. La prioridad y la gratuidad del don de Dios brillan en su justo lugar; la creatura, aceptándose como creatura, permite que Dios sea Dios y ame como Dios: *Nosotros amamos porque Dios nos amó primero* (1 Jn. 4,19). Es aquí donde la fe se despliega en caridad y en buenas obras: Si Dios nos amó, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros, y amamos no sólo de palabra, sino con los hechos y en la verdad (cf. 1 Jn. 3,18; 4,11).

Este es nuestro modo de decir “sí” al amor de Dios; sin este sí, Dios se ve obligado a detenerse en lo que a nosotros respecta, porque no quiere actuar *contra* sino *con* nuestra libertad: a la fe empieza a faltarle oxígeno, aire y pasa a estar “muerta”; justamente, lo que decía el apóstol Santiago. Ningún “sí” es verdadero y profundo para nosotros los hombres hasta que no se expresa, de alguna manera, a través de la cruz del sufrimiento y la fatiga. Cada obra buena que realizamos, aun la más pequeña como dar un vaso de agua a un enfermo, es un sí que decimos a Dios, y por eso a nuestra salvación; es un permitir que Dios avance en su proyecto con nosotros. Es así como fe y caridad se alían y de ellas nace la “hija Esperanza” y entonamos el himno al amor victorioso de Dios que nos salvó en Cristo Jesús: *Dios es el que justifica. ¿Quién se atreverá a condenarlos? ¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? En todo esto obtendremos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó* (Rom. 8,33-37).

A la luz de lo que aprehendimos hasta aquí de la palabra de Dios, resulta claro que el pecado fundamental, más aún, la raíz de todo pecado, se llama el no-amor, el rechazo del amor (se entiende, de este amor de Dios que hemos descubierto); es el recaer del mundo de Dios al cual fuimos transferidos mediante la fe y el Bautismo, en el mundo —o mejor dicho, en el infierno— del yo, de la esfera del Espíritu en la de la carne, de la novedad en la vejez, de la libertad en la esclavitud.

Esta recaída puede adoptar dos formas aparentemente opuestas, pero ambas capaces de excluir del Reino de Dios: una forma, por así decirlo, vulgar y grosera, consiste en hacer lisa y llanamente el mal, en ser injustos, o sea, inmorales, adúlteros, ladrones, avaros, difamadores, usurpadores (cf. 1 Cor. 6,9-10); otra forma, más sutil y refinada, consiste en hacer el bien, pero hacerla para vanagloriarse, para acumular derechos y méritos, para hacerse ver, para erigirse en juez de los demás. Una es *injusticia*, la otra es *falsa justicia*. En el Evangelio encontramos constantemente opuestas estas dos formas, personificadas, una por los pecadores —los enfermos— y la otra por aquellos que “se creen justos” y que por eso piensan que no necesitan al médico. En nuestra parábola, la primera posición es la del publicano, la segunda, la del fariseo.

Ahora, lo más fuerte que tiene para decirnos el Evangelio en cuanto a esto, es lo siguiente: entre las dos categorías de hombres, la más alejada de la salvación no es la primera, sino la segunda, no es la injusticia, sino la autojustificación: el publicano “regresó a su casa justificado, a diferencia del otro”. Esta es la verdad que Jesús machaca a lo largo de todo el Evangelio. “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia”; aquí, podemos decir que estamos en el

centro del Evangelio. Se comprende también, entonces, la conclusión de la parábola que habla de humildad (*porque el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado*): todas las formas de injusticia, de hecho, son pecados de pasión, pero la falsa justicia es pecado de orgullo. El pecador que se reconoce tal, como el publicano, es un “hambriento de justicia” (Mt. 5,6), por lo tanto, abierto a recibirla; el falso justo está en cambio saciado de la propia justicia (cf. Lc. 6,25) y no siente, por eso, la necesidad de la justicia que viene de Dios; tiene, por así decirlo, el paladar viciado por la propia gloria y ya no tiene el gusto por la gloria que viene de Dios (cf. Jn. 5,44). El primero, es como un pobrecito que se encuentra a la intemperie y está dispuesto a llamar, si ve una casa; el segundo, ya está a cubierto y no busca ningún lugar, pero no se da cuenta de que la casa en que se halla está construida sobre la arena y está por derrumbarse.

Se ve claramente también el nexo entre nuestra parábola y las palabras sobre los niños que la siguen inmediatamente en el Evangelio de Lucas: *El que no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. ¿Cómo recibe una cosa el niño, por ejemplo, la comida que se le da, lo necesario para ir a la escuela, una caricia de los padres? ¿Cómo lo recibe? Lo recibe —es cierto— como algo que se le debe; desafío a que me digan si, cuando un niño quiere algo, no lo exige. Pero cuidado: ¿por qué se le debe? Por el amor de los padres, no por sus méritos, o porque se lo haya ganado con el sudor; su gran derecho —la naturaleza misma se lo enseña— está en el ser amado. Reconozcámoslo: a veces los niños especulan también con ese amor. Pues bien, Dios nos permite que hagamos eso con él, siempre que actuemos con sinceridad y simplicidad de corazón; está contento cuando nos apoyamos en el hecho de que nos ama y le recordamos ese amor: ¡Acuérdate de tu amor por nosotros que es desde siempre; Acuérdate que eres nuestro Padre; Acuérdate de Abraham, acuérdate de Jesús!*

“Dos hombres subieron al Templo a orar”: nosotros somos esos dos hombres; uno y otro a la vez, porque, como el publicano, somos realmente pecadores y, como el fariseo, nos creemos justos. ¿Qué debemos hacer después de haber escuchado una palabra como la de hoy? ¿Qué se nos exige para poder volver a casa verdaderamente “justificados”, con la sensación de la mirada de Dios afectuosamente puesta en nosotros, como lo estaba en el publicano? *Con el corazón —escribió Pablo— se cree para alcanzar la justicia, y con la boca se confiesa para obtener la salvación* (Rom. 10,10). Pues bien, nosotros creemos hoy con todo el corazón y profesamos con toda nuestra fuerza que tú, oh Dios, nos amas pese a que somos pecadores; que nos has justificado gratuitamente en Jesucristo, para honrarlo a él que murió y resucitó por nosotros. Creemos que si nos entregaste a Jesús no nos negarás ninguna cosa necesaria para coronar en la gloria esta aventura maravillosa de la salvación. Creemos que te agradan nuestras obras buenas hechas para responder al amor, porque tú pones en nuestras manos tus dones como si fueran méritos nuestros. Nos hacemos humildes y pequeños como niños frente a todo este misterio y te decimos: ¡Sí, oh Padre, porque así te agradó a ti! ¡Creemos, creemos, creemos!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la basílica de S. Pablo Extramuros (23-X-1983)

– El designio divino de salvación universal

“Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25).

Deseamos “bendecir” al padre por la revelación de los misterios divinos, por el designio divino de la salvación del hombre y del mundo: “cosas que ha revelado a la gente sencilla”.

De todos los Apóstoles del Señor, fue Pablo de Tarso quien convirtió en misión universal la revelación recibida ante las murallas de Damasco, la convirtió en una gran obra misionera según escribe él mismo en la Carta a Timoteo: “Para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles” (2 Tim 4,17). Al acercarnos a las Cartas paulinas descubrimos de modo nuevo la honda verdad de las palabras de Cristo cuando ordenó a los Apóstoles con la potencia de la cruz y resurrección: “Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

– La acción misionera de la Iglesia: requiere “batalla”

“He combatido bien la batalla” (2 Tim 4,7), nos ha dicho el mismo Pablo en la segunda lectura. ¿Cómo no descubrir en estas palabras un santo orgullo por haber cumplido el mandato misionero? Este aspecto “batallador” de la acción misionera se ha de entender bien, claro está; pero no hay duda de que debe formar parte esencial de la misma. Batalla espiritual que es preciso luchar con habilidad y valentía, dispuestos al sacrificio, hasta conseguir la victoria. ¿Qué victoria? La liberación de las almas por la Sangre de Cristo.

Es batalla en favor de las personas que todavía están lejos de la luz de Cristo; por tanto, batalla cuyo móvil es el amor a quien está aún prisionero del error, la miseria, el mal.

Al ejemplo estimulante de Pablo se añade la voz apremiante de los pobres desconocedores del anuncio evangélico; a ellos debemos la palabra de salvación (cfr. Rom 1,14), del Evangelio que es poder de Dios para salvación de todo el que cree (cfr. Rom 1,16).

– La acción misionera de la Iglesia: dirigida, preferentemente, a “los pobres”

“Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha” (Sal 33/34, 7a), proclama el estribillo del Salmo responsorial. Porque “los gritos de los pobres atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa” (Sir 35,21).

Pero los pobres claman también a nosotros. Dios les escucha. ¡Escuchémosle igualmente nosotros! Y a ellos pertenece la “Buena Noticia”. Nosotros la hemos recibido: debemos transmitirla a ellos, a los hambrientos de verdad, justicia y paz. Debemos hacerles llegar el verdadero significado de la vida donde se encuentren.

Y el esclarecimiento mejor de esta verdad se encuentra en el Evangelio de hoy, en la parábola del fariseo y el publicano. La “pobreza de espíritu” aquí es sinónimo de apertura interior a la luz y acción de Dios, al don de la salvación que llega al alma del hombre mediante la potencia de la cruz de Cristo por obra del Espíritu Santo.

A continuación, llega también la misma justificación ante Dios, que obtuvo precisamente el publicano de la parábola de hoy, no el fariseo.

Aquí están, por tanto, las raíces más hondas de la misión salvífica de la Iglesia, y de ellas brota la obra misionera. Participa en esta misión la “Iglesia de los pobres”, cuyo primer modelo es la Madre de Cristo y Reina de los Apóstoles. Pues en ella se hizo “pobre” el Hijo eterno de Dios e Hijo de María, que la enriquece infinitamente. Esta obra transmite sin cesar a los hombres y a los pueblos la pobreza que enriquece universalmente, pobreza que “revela” y transmite a la “gente sencilla” el Padre, Señor del cielo y de la tierra.

La obra de la Iglesia busca apoyo continuo en la oración, que es el más potente de todos los “medios de los pobres” del reino de Dios: “Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansa” (Sir 35,21).

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Yo soy una persona honrada. No miento. No critico (salvo al árbitro y a los políticos). No extorsiono a nadie ni me quedo con lo que no es mío. Tengo una familia y trato de educar a mis hijos y prepararles un futuro digno... Lo cual en el mundo en que vivimos ya es algo. No soy como los demás..., ni como ese publicano. Tal vez no se hace nada malo deliberadamente, y si se hizo se pide perdón y se rectifica. Pero, ¿podemos garantizar que hay un empeño sostenido por agradar a Dios y por el bien de los demás?

Con una cierta complacencia van enumerando algunos lo que de bueno realizan –cuando la mano derecha no debería enterarse de lo que hace la izquierda– y olvidando que delante de Dios siempre seremos deudores y, por mucho que hagamos, nunca será bastante, tan sólo hemos hecho lo que teníamos obligación de hacer (Cf Lc 17,10).

¡Qué pagados de sí mismos viven algunos! Yo tengo mi moral. La conciencia no me acusa de nada. Soy fiel a mí mismo. ¡Cuántos que por un progresivo encariñamiento con la vida cómoda y un código moral a la carta, como suele decirse, han ido anestesiando su conciencia y viven orgullosos de su propia rectitud! ¡Nadie es buen juez en causa propia, como afirma el sentir popular! “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros”, asegura con rotundidad S. Juan (1 Jn 1,8).

Acudir al templo y ponerse en la presencia de Dios con la conciencia dolorida por nuestras ofensas y olvidos, es lo que nos justifica ante Dios, “porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”, como nos dice Jesús en esta soberbia parábola. Un poco de meditación con el Santo Evangelio y un examen más detenido de nuestro modo de obrar nos ayudaría a despabilar la conciencia despertándola de ese sueño complaciente.

Un vistazo más detenido a las distintas habitaciones y enseres de esa casa nuestra que es el alma, tal vez descubriría que el polvo se ha amontonado en algunos rincones, que hay desperfectos y cosas que no funcionan. ¿Quién es lo bastante bueno como para asegurar que ordinariamente se extralimita en sus deberes con Dios, con los demás y consigo mismo? ¿Quién puede asegurar honestamente que ha mantenido cerradas las puertas y ventanas de su corazón a la suciedad exterior o que alguna rata incluso no se ha introducido en la bodega donde guardamos las provisiones? Examinarse, para ver cómo vamos es tan necesario como llevar el coche al taller, el traje a la tintorería o ir al médico de tanto en tanto. Nos conoceríamos mejor y abandonaríamos ese aire satisfecho que en el plano moral es inapropiado.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

¡Señor, enséñanos a orar!

I. LA PALABRA DE DIOS

Si 35,15-17.20-22: Los gritos del pobre atraviesan las nubes

Sal 33, 2-3.17-18.19 y 23: Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha

1 Tm 4,6-8.16-18: Ahora me aguarda la corona merecida

Lc 18, 9-14: El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no

II. LA FE DE LA IGLESIA

«En el Nuevo Testamento el modelo perfecto de oración se encuentra en la oración filial de Jesús. Hecha con frecuencia en la soledad, en lo secreto, la oración de Jesús entraña una adhesión amorosa a la voluntad del Padre hasta la cruz y una absoluta confianza en ser escuchada» (2620).

«En su enseñanza, Jesús instruye a sus discípulos para que oren con un corazón purificado, una fe viva y perseverante, una audacia filial. Les insta a la vigilancia y les invita a presentar sus peticiones a Dios en su nombre. El mismo escucha las plegarias que se le dirigen» (2621).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo no nos empujase a proferir este grito: ¡*Abbá*, Padre!» (S. Pedro Crisólogo) (2777).

«San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros» (2616).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La parábola de la oración del fariseo y del publicano muestra que la oración, además de confiada y constante, ha de ser humilde. En el libro sapiencial del Eclesiástico se subraya la perseverancia de los humildes en la oración. Ello es lo que mueve a Dios.

Las últimas palabras de la primera carta a Timoteo son como el testamento espiritual de S. Pablo: él ha mantenido la fe y ésta le sostiene a él ante la prueba final y del martirio.

El sentido del acto penitencial del comienzo de la celebración eucarística nos dispone a la escucha de la Palabra, a la oración de petición, alabanza y acción de gracias que la Santa Misa contiene.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Jesús ora: 2598-2606.

La respuesta:

Jesús enseña a orar: 2607-2615.

Jesús escucha la oración: 2616.

C. Otras sugerencias

En los domingos del Tiempo Ordinario hemos recibido las enseñanzas de Jesús sobre la vida moral y la vida de oración. La parábola del fariseo y del publicano nos ayuda a recapitular nuestras reflexiones sobre la vida de oración.

El único maestro de oración: Jesús. El ora y enseña a orar.

La oración cristiana es audaz y humilde: son actitudes compatibles como se ve en el publicano. Sólo el pobre, primera lectura, es audaz en su humildad.

La oración del pobre es escuchada. ¿Quién puede presentarse rico ante Dios?

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La oración verdadera.

– Necesidad de la oración.

I. La oración es, de nuevo, en este domingo el tema del Evangelio de la Misa¹. Jesús comienza la parábola del publicano y del fariseo insistiendo en que *es preciso orar en todo tiempo*². Junto a la fe y a la caridad, la oración puede ser la materia que más se repita en las enseñanzas del Señor. De muchas maneras nos quiere decir el Maestro que la oración nos es absolutamente necesaria para seguirle y para cualquier obra que permanezca más allá de esta vida pasajera. En los comienzos de su Pontificado, el Papa Juan Pablo II declaraba: “la oración es para mí la primera tarea y como el primer anuncio; es la primera condición de mi servicio a la Iglesia y al mundo”. Y añadía: “también todo creyente debe considerar siempre la oración como la obra esencial e insustituible de la propia vocación, el *opus divinum* que antecede –como en la cumbre de todo su vivir y actuar– a cualquier tarea. Sabemos bien que la fidelidad a la oración o su abandono son la prueba de la vitalidad o de la decadencia de la vida religiosa, del apostolado, de la fidelidad cristiana”³. Sin oración no podríamos seguir a Cristo en medio del mundo. Nos es tan indispensable como el alimento o la respiración para la vida corporal. De aquí el empeño del demonio en que los cristianos abandonemos o descuidemos la oración, con excusas que parecen nobles.

Pocos días antes, recordaba el Pontífice que un peligro para los sacerdotes, aun celosos, “es sumergirse de tal manera en el trabajo del Señor, que se olviden del Señor del trabajo”⁴. Es un peligro de cada cristiano, pues nada vale la pena, ni siquiera el apostolado más extraordinario que se pudiera imaginar, si se hiciera a costa de nuestro trato con el Señor, pues al final todo resultaría estéril. Habríamos llevado a cabo una obra puramente humana, en la que, quizá inconscientemente, nos habríamos buscado a nosotros mismos. El remedio de ese peligro no está en abandonar el trabajo o la tarea apostólica, sino en “crear el tiempo para estar con el Señor en la oración”⁵, que “hoy como ayer es imprescindible”⁶.

Examinemos hoy si la oración, el trato diario con Jesús vivifica nuestro trabajo, la vida familiar, la amistad, el apostolado... Bien sabemos que todo es distinto cuando lo hemos hablado antes con el Maestro. Es ahí “donde el Señor da luz para entender las verdades”⁷. Y sin esa luz, caminamos a oscuras. Con ella, penetramos en el misterio de Dios y de la vida.

– Oración humilde y confiada. Parábola del fariseo y del publicano.

¹ Lc 18, 9-14.

² Cfr. Lc 18, 1.

³ SAN JUAN PABLO II, *Alocución* 7-X-1979.

⁴ IDEM, *Alocución en Maynooth* (Irlanda), 1-X-1979.

⁵ *Ibidem*.

⁶ IDEM, *Alocución en Guadalupe* (México), 27-I-1979.

⁷ SANTA TERESA, *Fundaciones*, 10, 13.

II. La finalidad de la parábola que hoy leemos en el Evangelio de la Misa es distinguir la piedad auténtica de la falsa. La oración verdadera *atraviesa las nubes del cielo*, según leemos en la *Primera lectura*⁸, sube siempre a Dios y baja llena de frutos.

Antes de narrar la parábola, San Lucas se preocupa de señalar que Jesús hablaba *a algunos que confiaban en sí mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás*. El Señor habla de dos personajes bien conocidos por todos los oyentes: *Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo, y el otro publicano*. Enseguida nos damos cuenta de que, aunque los dos hombres se dirigieron al Templo con el mismo fin, uno de ellos no hizo oración. No habla con Dios en un diálogo amoroso, sino consigo mismo. No hay amor en su oración, ni tampoco humildad. El fariseo está de pie, da gracias por lo que hace, está satisfecho. Se compara con los demás y se considera más justo, mejor cumplidor de la Ley. Parece no necesitar de Dios.

El publicano “se quedó lejos, y por eso Dios se le acercó más fácilmente. No atreviéndose a levantar los ojos al cielo, tenía ya consigo al que hizo los cielos... Que el Señor esté lejos o no, depende de ti. Ama y se acercará”⁹. Y estará atentísimo, como nadie lo ha estado nunca, a todo aquello que queramos decirle. El publicano conquistó a Dios con su humildad y su confianza, pues *Él resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*¹⁰, y nos enseña cómo ha de ser nuestra oración: humilde, atenta –con la mente fija en la persona a quien hablamos–, confiada, procurando que no sea un monólogo –como la del fariseo– en el que nos demos vueltas a nosotros mismos, a las virtudes que creemos poseer...

En la parábola late la idea de la humildad como fundamento de nuestro trato con Dios. Él quiere que acudamos a la oración como hijos pobres y necesitados siempre de su misericordia. “A Dios –enseña San Alfonso M^a de Ligorio– le gusta que tratéis familiarmente con Él. Tratad con Él vuestros asuntos, vuestros proyectos, vuestros trabajos, vuestros temores y todo lo que os interese. Hacedlo todo con confianza y el corazón abierto, porque Dios no acostumbra a hablar al alma que no le habla”¹¹. Huyamos en la oración de la autosuficiencia, de la complacencia en los aparentes o posibles frutos en el apostolado, en la propia lucha ascética... y también de las actitudes negativas, pesimistas, que reflejan falta de confianza en la gracia de Dios, y que son frecuentemente manifestaciones de una soberbia oculta. La oración es siempre tiempo de alegría, de confianza y de paz.

– Fidelidad a la oración. Dificultades.

III. Preparemos con especial esmero el rato que dedicamos a la oración, “estando a solas con quien sabemos nos ama”¹², pues de ahí hemos de sacar fuerzas para santificar nuestro quehacer diario, para convertir en gracia las contradicciones diarias y para vencer todas las dificultades. Somos tan fuertes como sea de verdadero nuestro trato con el Señor. Al comenzarla “es necesario aparejar el corazón para este santo ejercicio, que es como quien temple la vihuela para tañer”¹³. En esta preparación nos ayudan el ofrecimiento de nuestro trabajo al Señor a lo largo del día, las pequeñas mortificaciones, el recogimiento interior... y, en el momento en que la comenzamos, el *acto de presencia de Dios*, en el que nos recogemos interiormente y nos ponemos en su presencia. Este acto

⁸ *Eclo* 35, 19.

⁹ SAN AGUSTIN, *Sermón* 9, 21.

¹⁰ *Sant* 4, 6.

¹¹ SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Cómo conversar continua y familiarmente con Dios*, en *Obras Ascéticas de...*, BAC, vol. I, pp. 316-317.

¹² SANTA TERESA, *Vida*, 8, 2.

¹³ SAN PEDRO DE ALCANTARA, *Tratado de la oración y de la meditación*, I, 3.

de presencia de Dios será normalmente una breve oración vocal que nos introducirá en el diálogo con Dios; muchas veces, ella sola nos dará materia para ese rato de conversación con el Señor. Nos puede ayudar el recitar despacio esas palabras, con la mente atenta: *Creo firmemente que estás aquí..., que me ves..., que me oyes...* Le miramos y nos mira. Y ese sentirnos junto a Él ya es oración, aunque no formulemos expresamente ninguna palabra. Él nos entiende y nosotros le entendemos. Le pedimos y Él nos pide: más generosidad, más amor, más lucha...

No nos preocupe si algunas veces, ¡o siempre!, no tenemos un especial sentimiento en la oración. “Para quien se empeña seriamente en hacer oración, vendrán tiempos en los que le parecerá vagar en un desierto y, a pesar de todos sus esfuerzos, no sentir nada de Dios. Debe saber que estas pruebas no se le ahorran a ninguno que tome en serio la oración (...). En esos períodos, debe esforzarse firmemente por mantener la oración, que aunque podrá darle la impresión de una cierta artificiosidad se trata en realidad de algo completamente diverso: es precisamente entonces cuando la oración constituye una expresión de su fidelidad a Dios, en presencia del cual quiere permanecer incluso a pesar de no ser recompensado por ninguna consolación subjetiva”¹⁴. Muchos días en los que, con lucha por estar con el Señor, nos había parecido quizá que pasaba el tiempo sin sacar fruto, delante de Él resultó ser una oración espléndida. El Señor nos recompensa siempre con su paz y sus fuerzas para pelear todas las batallas que tengamos por delante. No dejemos nunca la oración. “No me parece otra cosa perder el camino –escribe Santa Teresa de Jesús, con su habitual claridad– sino dejar la oración”¹⁵. En no pocas ocasiones, puede ser la tentación más grave que sufra un alma que un día decidió seguir a Cristo de cerca: abandonar ese diálogo diario con Dios porque cree que no saca fruto, porque considera más importantes otras cosas, incluso empresas apostólicas..., y nada es más importante que esa cita diaria, en la que Jesús nos espera. “A toda costa –escribe un autor espiritual– debe tomarse y cumplirse inflexiblemente la determinación de perseverar en dedicar a diario un tiempo conveniente a la oración privada. No importa si no se puede hacer más que permanecer de rodillas durante ese tiempo y combatir con absoluta falta de éxito contra las distracciones: no se está malgastando el tiempo”¹⁶. Por el contrario, no existe tiempo mejor ganado que aquel que hemos “perdido” junto al Señor.

Pidamos hoy ayuda a Nuestra Señora para que nos enseñe a tratar a su Hijo como Ella lo trató en Nazareth y durante su vida pública. Y hagamos el propósito de no cometer la torpeza de abandonarla jamás y de no consentir distracciones voluntarias en ese tiempo en el que el Señor nos mira y nos escucha con tanta atención.

Rev. D. Joan Pere PULIDO i Gutiérrez (Sant Feliu de Llobregat, España) (www.evangelinet.net)

¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí...

Hoy leemos con atención y novedad el Evangelio de san Lucas. Una parábola dirigida a nuestros corazones. Unas palabras de vida para desvelar nuestra autenticidad humana y cristiana, que se fundamenta en la humildad de sabernos pecadores («¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!»: Lc 18,13), y en la misericordia y bondad de nuestro Dios («Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado»: Lc 18,14).

¹⁴ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Sobre algunos aspectos de la meditación cristiana*, 15-X-1989, n. 30.

¹⁵ SANTA TERESA DE JESUS, *Vida*, 19, 5.

¹⁶ E. BOYLAN, *El amor supremo*, Rialp, Madrid 1954, vol II, p. 141.

La autenticidad es, ¡hoy más que nunca!, una necesidad para descubrirnos a nosotros mismos y resaltar la realidad liberadora de Dios en nuestras vidas y en nuestra sociedad. Es la actitud adecuada para que la Verdad de nuestra fe llegue, con toda su fuerza, al hombre y a la mujer de ahora. Tres ejes vertebran a esta autenticidad evangélica: la firmeza, el amor y la sensatez (cf. 2Tim 1,7).

La firmeza, para conocer la Palabra de Dios y mantenerla en nuestras vidas, a pesar de las dificultades. Especialmente en nuestros días, hay que poner atención en este punto, porque hay mucho auto-engaño en el ambiente que nos rodea. San Vicente de Lerins nos advertía: «Apenas comienza a extenderse la podredumbre de un nuevo error y éste, para justificarse, se apodera de algunos versículos de la Escritura, que además interpreta con falsedad y fraude».

El amor, para mirar con ojos de ternura —es decir, con la mirada de Dios— a la persona o al acontecimiento que tenemos delante. San Juan Pablo II nos anima a «promover una espiritualidad de la comunión», que —entre otras cosas— significa «una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado».

Y, finalmente, sensatez, para transmitir esta Verdad con el lenguaje de hoy, encarnando realmente la Palabra de Dios en nuestra vida: «Creerán a nuestras obras más que a cualquier otro discurso» (San Juan Crisóstomo).
